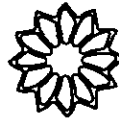


La Comunicación en los procesos de Integración Un modelo para pensar a Iberoamérica*

GABRIEL ALBA**



La obsesión por reconstruir la unidad bolivariana, es el imaginario que más funciona a nivel de la esfera política en toda América Latina. Esa obsesión conforma el imaginario de la integración regional, que ahora con motivo de la celebración del quinto centenario y con el liderazgo de las políticas neoliberales en casi todos los países del continente, se ha convertido en el mito más representativo de estos tiempos. Mito que ha sobrevivido guerras civiles, golpes de estado, estados de conmoción interna, nuevas constituciones, guerrillas, narcotráfico, bloqueos comerciales, inflación, desempleo, tasas crecientes de analfabetismo, degradación de las condiciones de higiene, peso enorme de la deuda externa y todo tipo de arremetidas civiles, militares y eclesíásticas.

Este imaginario de la integración no podía ser ajeno, entonces, a la reflexión sobre la comunicación. Mucho menos cuando los medios masivos de comunicación conforman las «mitologías de la modernidad», haciendo del mundo una «aldea global», una «sociedad transparente» especialmente apta para la integración no solo económica y política, sino principalmente cultural. Porque es en este terreno de la cultura donde la comunicación tiene su mayor fecundidad y donde ofrece verdaderos modelos originales, que solo algunos -en realidad muy pocos- de nuestros políticos, diplomáticos y economistas han reconocido, como una posibilidad apta, creativa y real de lograr la integración. La que no se ha

consolidado en los tratados de libre comercio, en el Acuerdo de Cartagena y en el Pacto Andino.

No es curioso que el fútbol (la copa Libertadores de América, por ejemplo) logre, en términos de integración, mucho más que el grupo de los tres, ya que es bien sabido que, «la patria es la selección de fútbol». Mientras que los políticos se empeña en la integración, cultural y comunicativamente en América Ibérica hemos estado integrados desde hace quinientos años. Para la comunicación, para la ficción en América Latina, la integración no es un ideal por alcanzar, es una realidad, tal vez la única realidad que nos hace existir y el mejor pasaporte para nuestro ingreso al siglo XXI.

En el último número del *Magazine Litteraire* dedicado a los quinientos años del descubrimiento, Carlos Fuentes¹, con la genialidad que lo caracteriza, nos recuerda que nosotros los iberoamericanos tenemos algo de lo que sentirnos orgullosos todavía.

* Ponencia presentada en el encuentro «Comunicación e Integración en América Latina». Universidad Autónoma de Bucaramanga, mayo 6-8 de 1992.

**Comunicador Social. Actualmente es Director del Programa de Investigación y profesor del área de Teorías y Metodología en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana.
¹ Véase Carlos Fuentes. «Nous, les Ibéro-Américains» en *Magazine Litteraire* No 296, febrero de 1992.

De nuestra cultura, que en sus más profundas raíces muestra ya la integración universal. Somos una cultura multirracial: indígena, europea, negra, y sobre todo mestiza, mulata. ¿Qué mayor muestra de integración que nuestra propia raza? Somos herederos de una cultura que unda sus raíces en la América precolombina, en el África negra, en una Europa de caras múltiples. La presencia española y portuguesa en el «Nuevo Mundo» ha sido portadora de la civilización mediterránea, griega y romana, pero también árabe y judía.

Esta riqueza racial y cultural nos ha obligado a comprender que no hay un solo iberoamericano, del Río Brabo al Cabo de Hornos, que no participe en pleno derecho de nuestro patrimonio cultural y en todos sus aspectos: la memoria de piedra de Chichen Itzá y de Machu Picchu; el sueño barroco de Oaxaca y de Minas Gerais; la mezcla del mundo aborígen y del mundo cristiano en Tonantzinla de Puebla o en San Lorenzo de Potosí; la presencia hoy de las formas indígenas en Rufino Tamayo o de las formas africanas en Wilfredo Lam; aquellas de los mitos indígenas en Asturias, de los mitos judeo-musulmanes en Borges y del renacimiento en Carpentier. Todo es «mezcla», todo es integración.

De Sor Juana Inés de la Cruz a Pablo Neruda, de Mahado de Asis a García Márquez, de Aleijandinho a Lucio Costa, hemos sido capaces de crear una cultura continua, durable, y cada uno de nosotros puede descubrirse allí y reconocer allí a los demás.

Pocas culturas en el mundo poseen tal continuidad e integración. Y es justamente por eso que la ausencia de reconocimiento es más dramática, un reconocimiento seguido de acciones en los dominios políticos y económicos. No hemos sido capaces de trasponer la riqueza y la continuidad culturales en una riqueza económica y una continuidad política comparables.

Pero ojo, quiero decirlo de una vez: cuando hablo de una cultura común, no hablo a propósito de una correspondencia en el dominio estético. «Sor Juana» o «Cogonhas de Campo» son hechos estéticos que se bastan así mismos, pero más allá de ellos revelan una cierta manera de ser, de pensar, de vivir, de vestirse, de comer, de amar, de decorar, de cantar, de

soñar y de luchar. Un hecho cultural simboliza y conjuga toda una manera de ser... y de existir. La cultura es aquello de lo que cada quien dispone para dar una respuesta a los desafíos de la existencia. Una novela de Jorge Amado, una composición de Heitor Villalobos, una casa de Luis Barragan, nos dice: nosotros somos así. Nosotros podemos hacer esto. Esto falta por hacer. Esto nos gustaría serlo o hacerlo.

El contraste entre esta unidad cultural y esta desunión política y económica es preocupante porque revela una incapacidad, un vacío. No hemos podido armonizar la cultura con lo político y lo económico, porque muy a menudo hemos buscado o impuesto modelos de desarrollo que corresponden poco a nuestra realidad cultural. Es por esta razón que la cultura puede restituirnos el discernimiento indispensable de sus verdaderos lazos con la política y la economía. La cultura finalmente es llevada por aquellos que hacen también política y economía: los ciudadanos, los miembros de la sociedad civil.

¿Podemos nosotros, en los años noventa, reunir los tres factores de nuestra existencia personal y colectiva, inaugurando la unidad política y económica a partir de la unidad cultural?

Creo que poseemos ahora un verdadero impulso. Porque en América Ibérica, la nación y la cultura coinciden. Y no lo debemos solamente a nuestros artistas y escritores, sino también a nuestros mejores hombres de estado -aquellos que en efecto no han despreciado el lazo entre nación y cultura. Esta realidad es más importante en el mundo actual, en donde los separatismos, las reivindicaciones regionales y los problemas étnicos se multiplican. En América Ibérica la nación integra las facetas multiculturales, sin fundamentalismos religiosos o amenazas contra los estados vecinos.

Esto me parece esencial en un mundo paradójico, donde el movimiento generalizado hacia la integración económica está negado a cada instante por una explosión en cadena de particularismos étnicos, religiosos, culturales, territoriales. La América Ibérica puede participar de manera más segura que muchas otras regiones del mundo en un orden económico planetario sin el sacrificio de la variedad

cultural. Potencializándola al contrario, al contacto de la diferencia. Es necesario saber esto para actuar a tiempo y juntos. Nosotros tenemos las bases culturales para llegar hasta allí.

Poseemos también otra tradición bien anclada que nos une. Es nuestra tradición jurídica, elaborada en común. Tenemos nombres ilustres: Calvo, Drago, Rfo Branco, Estrada. Esta tradición nos ha servido para paliar nuestra ausencia de potencia militar con el blasón del derecho y para contribuir a unas mejores relaciones, en América y en el mundo, por la vía de la negociación diplomática, la imaginación política, los medios de comunicación y la adhesión a la ley y a los tratados que hemos negociado libremente.

Si es cierto que nos dirigimos hoy hacia un mundo de derecho donde las agresiones no serán toleradas más, vengan de donde vengan, nuestra cohesión diplomática y nuestras formas de comunicación deberán tener una importancia creciente en los foros mundiales. No ganaremos nada con renunciar a ello y sí perderemos el dercho al diálogo, al entendimiento, a la integración, en fin, a la comunicación, al deseo.